

ranos. Y donde los tiranos pusieron cadalsos, la humanidad ha puesto altares; y las cabezas heridas han destellado al caer, como una chispa, el alma de infinitas generaciones; y el pensamiento perseguido se ha levantado del fondo de las frias cenizas atizadas en su daño, y ha cegado á sus mismos verdugos; y lo que era ayer blasfemia, mentira, es hoy verdad, ciencia; y el hombre ha derramado muchas lágrimas para lavar la sangre de los mártires que sacrificaron impiamente sus padres; porque el hacha, la hoguera, el martirio no alcanzarán al pensamiento, puro, espiritual, y por lo mismo libre, se cierne sobre la tormenta y el huracán y las sombras, y dirige su reposado vuelo hácia Dios, que es el eterno centro de las almas.

personalidad, rompiendo tantos siglos como había
arrojado sobre ella el feudalismo, se dilataba y cre-
cia, entonando nuevos cantos, escribiendo nuevos
principios de derecho, ensimando su mirada en el
éter misterioso y contemplando los astros; cuando sus-
cibian todas estas maravillas que asombran; Dios
para contribuir á la obra de la libertad con la cien-
cia de su providencia. **XV.** En el momento inspirada de un
hembra con su dedo inmortal, y le dio luz para que
descubriera la imprenta, columna de nuestra razón
que se levanta serena é inmovil sobre la continua
corriente de los siglos. Desde el instante en que se

La libertad de pensamiento se manifiesta social-
mente en la alta institucion de la imprenta, que es
el gran pedestal de todas las ideas. Cuando el mun-
do de la Edad Media caia, y se arruinaba el castillo
feudal, rodando sus piedras sobre la frente de la
aristocracia desplomada; cuando el mundo griego
lanzaba su último gemido en las orillas del Bósforo
y entregaba su lira despedazada á Italia; cuando la
estátua antigua levantaba la cabeza resplandeciente
de hermosura entre las ruinas, y suspendia al mun-
do con las armonías desconocidas que vibraban sus
labios de mármol vivificados por el beso de mil
artistas; cuando entre las ondas del Océano se alza-
ba un nuevo mundo, que parecia renovar los prime-
ros días de la creacion; cuando el pensamiento huia
de las escuelas para enardecer con su soplo la con-
ciencia humana y darle nueva vida; cuando nuestra

personalidad, rompiendo tantos grillos como habia arrojado sobre ella el feudalismo, se dilataba y crecia, entonando nuevos cánticos, escribiendo nuevos principios de derecho, abismando su mirada en el éther misterioso y contando los astros; cuando sucedian todas estas maravillas que asombran; Dios, para contribuir á la obra de la libertad con la eficacia de su providencia, tocó la frente inspirada de un hombre con su dedo inmortal, y le dió luz para que descubriera la imprenta, columna de nuestra razon, que se levanta serena é inmóvil sobre la continua corriente de los siglos. Desde el instante en que se descubrió la imprenta, debia entrar como un elemento necesario en nuestra sociedad, como levadura indispensable en nuestra vida; porque no es posible prescindir de esos hechos históricos, que son como estrellas fijas en el camino de la humanidad.

La imprenta comenzó su carrera; clavó la rueda del tiempo, para que no pudiese aplastar las grandes ideas, las grandes obras del ingenio humano; unió unos pueblos con otros pueblos, por medio de la comunión del pensamiento; llamó á sí la historia entera, para que el hombre libre tuviese la experiencia de todas las edades; salvó el alma de los mismos que perecian en las hogueras, arrancándole así sus presas á la muerte; bajó al hogar del campesino, al taller del trabajador, á la choza del pobre, y llovió sobre ellos las lenguas de fuego de las nuevas ideas, y los hizo apóstoles de la revolucion; socabó poco á

poco, cual la gota de agua que cae sobre una piedra, los fundamentos del absolutismo; y difundió en el hombre la idea de su dignidad y de su personalidad, y quebró, por último, la coyunda de los esclavos; y armando con su clava la revolucion triunfante, hizo para siempre imposible la negra tiranía.

Desde entónces la imprenta entra en nuestra civilizacion, como un elemento necesario. Los partidos medios, que todo lo profanan, que todo lo destruyen, han viciado la institucion de la imprenta. No han comprendido que la imprenta debe ser libre como el pensamiento, que la imprenta debe ser antitética como la libertad. No han comprendido que las luchas en las esferas de las ideas matan las luchas en la esfera de los hechos. No han comprendido que quitar su libertad á la imprenta es lo mismo que quitar su equilibrio á las aguas. No han comprendido que comprimir el pensamiento es lo mismo que comprimir el aire, y que el pensamiento se escapará siempre de su manos. No han comprendido que es más lógico quitar el juicio de todas las ideas á la conciencia, como hacia el absolutismo, que concederle jurisdiccion sobre unas ideas, y negársela sobre otras. No han comprendido que su persecucion contra ciertos principios no alcanza más que extenderlos y propagarlos. No han comprendido que es inmoral exigir el oro como único título para ejercer el derecho. No han comprendido que la imprenta sólo se combate con la imprenta misma, y

que el gran castigo del escritor, cuando falta á su deber, es el menosprecio en que cae y el remordimiento de su conciencia. No han comprendido que crear una imprenta privilegiada es crear una imprenta fuerte, una imprenta tiránica. No han comprendido que el pensamiento castigado lleva una aureola de martirio, que es una corona de gloria. No han comprendido que, cuando un escritor enseña una herida del poder en su frente, enseña en ella la debilidad del poder que le ha herido. Y como no han comprendido todas estas verdades, que son axiomáticas, han hecho de la imprenta un privilegio, que como todos los privilegios es absurdo, y como todos los privilegios entraña la perturbacion, la anarquía; han hecho de la imprenta un arma terrible contra su mismo poder; han hecho de la imprenta, elemento de paz y de armonía, una causa permanente de desórden. Sí; porque es desórden que unos por ricos hablen, y otros callen por pobres; porque es desórden que los escritores sean como una familia privilegiada, y los periódicos sean como una compañía comercial; porque es desórden que á unos se les permita defender sus ideas y á otros se les ponga una mordaza, cuando el criterio humano es en todos igualmente respetable; porque es desórden que el Gobierno que ha de responder ante la opinion de sus actos, tenga en sus manos el ahogar la opinion; porque es desórden, que siendo absolutamente libre la tribuna, la palabra hablada, no

tenga la misma libertad la prensa, la palabra escrita; desórden, sí, que muchas veces lloran los pueblos y los gobiernos con lágrimas de sangre.

Lo hemos dicho y lo repetimos: contra el pensamiento no hay barreras, contra el pensamiento no hay verdugos. El pueblo judío hirió la cabeza divina, que traía el pensamiento de Dios, y se hirió á sí propio, y destrozó su templo, y legó una maldicion eterna á sus hijos, que aún llevan impresa la mancha de aquel crimen. El pueblo romano hirió á San Pablo, que iba á completar la unidad material de Roma con la unidad espiritual del cristianismo, y el pensamiento de San Pablo se cierce hoy sobre el despedazado Capitolio. Pero si estos ejemplos, por divinos, pueden parecer escusados, en la historia puramente humana se encuentra la misma enseñanza. El nombre de los verdugos de Sócrates yace olvidado, y la idea de su víctima reluce como sol sin ocaso en la conciencia humana. Los patricios romanos creyeron ahogar la idea social, ahogando en su garganta la voz elocuente de los Gracos, y aquella voz penetrando en los limbos del porvenir, evocó las gigantescas figuras de los Marios y los Césares. La Edad Media ahogó á mil pensadores ilustres, cuyos nombres son otras tantas estrellas en el cielo de la historia. Las obras de Descartes fueron quemadas y ellas quemaron la mano de sus verdugos. El pensamiento de Copérnico fué desterrado de las escuelas y las Universidades, y ese pensamiento fijó el sol

en el centro de las esferas é impulsó la tierra en su carrera triunfal por el espacio. Colon, andando ambriento, descalzo, de corte en corte, de palacio en palacio, y descubriendo un mundo de riquezas, como no lo habian soñado igual ni aun los poetas, es la imágen fiel de las angustias y de los triunfos del pensamiento humano. No queremos aglomerar ejemplos, que están en la conciencia de todos; el pensamiento no puede ser perseguido por ningún Gobierno, ni puede ser alcanzado por ninguna fuerza; ni puede ser herido por ninguna espada, porque el pensamiento es invisible é impalpable como el espíritu.

La imprenta no puede ser, como expresion del pensamiento humano, su forma, no puede ser perseguida, no puede ser hollada por ningún Gobierno. La prueba de esto se encuentra en que todos los repúblicos no han podido forjar una buena ley de imprenta; porque no se puede levantar una buena ley contra las leyes del espíritu, como no se puede levantar un edificio contra las leyes de la naturaleza. ¿De qué medios quereis valeros para castigar la imprenta? De los jueces comunes. La magistratura, así, no puede tener magestad ni prestigio; el oleaje de las pasiones humanas escupe su amarga espuma á la frente de los magistrados. ¿Del jurado? Allí no castigais el pensamiento, no; le ceñís la corona de la victoria. Lo sé por propia experiencia. El escribano lee el artículo denunciado, en medio de un pueblo

numeroso, que aplaude, que grita, que se entusiasma á cada palabra, á cada frase; el fiscal habla, y por elocuente que sea, recibe insultos ó menosprecio del público; el defensor se levanta, habla, y por poco elocuente que sea, arranca lágrimas á todos los ojos, y gritos de entusiasmo á todos los pechos; exagera las ideas del artículo denunciado, y sus palabras caen como chispas eléctricas sobre una multitud, que las repite, que las comenta, que las exagera, que las propaga; y despues el artículo queda abuelto en medio de una tempestad de entusiasmo, que magnetiza á los mismos jueces. Ahora bien, ¿qué conseguís con presentar los periódicos ante un tribunal de jueces? Conseguis que bajen á nuestra arena ardiente, conseguís que por la movilidad de los gobiernos condenen hoy lo que ayer ensalzaban, y ensalcen mañana lo que condenaban ayer. Testigos somos hoy de una expiacion tremenda, que yo deploro, que yo lamento, porque quiero la libertad para los vencidos; porque quiero completa seguridad para mis propios enemigos; porque quiero el amparo del derecho para todos los partidos. Mas el partido moderado votó una ley de imprenta absurda y cruel, y esa ley de imprenta ha herido en el corazón á sus mismos autores. Una mala accion entraña en sí el mal siempre, no tanto para el que la sufre, como para el que la comete.

Ví en las Córtes Constituyentes una lucha entre los dos atletas de aquella Cámara, entre Rios Rosas

y Rivero. Se debatía la ley de imprenta. Rios Rosas era el primer orador de aquel Parlamento; pero lo era, cuando callaba Rivero. Este posee conocimientos inmensos, erudición portentosa en todos los ramos de la ciencia social, aptitud más para hombre de gobierno que para tribuno. Su palabra es tarda, es dificultosa, y sin embargo, es elocuentísima. Parece su pecho el hervidero de un volcan, y sus ideas brotan iluminadas por respladores siempre fulgurantes y nuevos. La lucha entre su palabra y su idea da á sus discursos la fuerza, la magestad de una gran tempestad. Aquella voz que truena, aquella palabra que fulmina, aquella elocuencia sintética, aquella pasión que se ve circular como la sávia del pensamiento, atraen, magnetizan. Mas Rivero se distingue en la lucha, en el combate, en la discusión: se dirige á su enemigo, le alcanza, le derriba, hiriéndole siempre en la cabeza, y despues lo aniquila, y se goza en su aniquilamiento con una elocuencia grande, pero cruel. Sus discursos no tienen la *sensiblerie* francesa hoy tan en boga, no; son discursos de elocuencia vigorosa, de antigua raza española. En ellos se ve que el hombre que los pronuncia es fisiólogo, médico, jurisconsulto, literato, filósofo. Las formas son muchas veces descuidadas; pero el pensamiento es siempre grande, es siempre nuevo, es siempre admirable. No digo esto porque sea mi amigo, no; yo conozco las prendas de todos nuestros oradores; hago justicia á la habilidad par-

lamentaria de Olózaga; á la reposada, grave y serena elocuencia de Pacheco; á la impetuosísima y admirable palabra de Rios, cuando la pasión le inspira; al sentimiento de Escosura, tan bien expresado, que no parece sino que va á durar en aquel corazón un siglo, cuando apenas dura muchas veces un minuto; á la punzante y cáustica y reflexiva palabra de Gonzalez Bravo; á los donosos epigramas de Benavides; al conocimiento de la lengua, á la inagotable riqueza de giros, á la maravillosísima y portentosa facilidad del rey de nuestros oradores, de Alcalá Galiano, que es dueño de la palabra, como Júpiter lo era en el Olimpo del rayo; mas por lo mismo que reconozco estas prendas en todos los que son mis adversarios, conozco la alteza de pensamientos, la profundidad de miras, la varia y rica palabra, la portentosa y exaltada pasión de mi amigo el señor Rivero, que será siempre uno de nuestros más preclaros oradores.

Decía, ántes de comenzar esta digresion, que ví en las Córtes Constituyentes una lucha tremenda entre Rios Rosas y Rivero sobre libertad de imprenta. Rios Rosas hizo esfuerzos de ingenio extraordinarios para justificar su sistema; porque una de sus cualidades más brillantes, sin duda, es la argucia: mas Rivero mostró con una elocuencia sentida, con una elevacion portentosa, con la superioridad que á su reconocido talento le daba su pensamiento, que nuestras ideas sobre la imprenta son, no solamente

ideas de libertad, sino tambien grandes ideas de go-
bierno. Imprenta, instrumento más maravilloso
que el telescopio y el telégrafo y la locomotora, úl-
timo esfuerzo del génio humano, que has traído la
eternidad al seno movable del tiempo, juro amarte
siempre como te amo ahora, no olvidar ni un mi-
nuto tus beneficios, no renegar de tí, como han re-
negado tantos que te deben el sér, y poner á tu ser-
vicio esta mi pobre pluma, para que seas, como el
alma, enteramente libre.

Como Dios ha querido que realice el hombre por
el mismo su vida, lo ha mandado débil á la tierra,
para que se debiese á sí desde el sustento hasta la
tela que le salva de las asperezas de la naturaleza.
El animal puede vivir aislado, porque como su vi-
da tiene un solo fin, y está organizada para ese fin,
el elemento lo cumple en su limitada y reducida este-
reotipia.

XVI.

Más la misma vida en ser, la variedad de
sus facultades, la trama de su existencia, el espacio
inmensa abierto á su devoradora actividad, su incli-
nacion á salir de esta en esta hasta lo infinito y
elazar en sí lo limitado y contingente, obligan al

Hemos dicho que la libertad se divide en libertad
de pensamiento y libertad de acción. La libertad de
pensamiento la hemos consagrado en la imprenta;
la libertad de acción la consagramos en el santo, en
el imprescriptible, en el sagrado, en el inviolable
derecho de asociacion. El derecho de asociacion vie-
ne á completar al hombre en sociedad, á unirlo con
sus hermanos en ley de amor y reciproco respeto, á
multiplicar de una manera asombrosa su actividad.
El hombre debe realizar el bien, y el bien se reali-
za cumpliendo todos los fines de la humanidad en
el mundo. Para cumplir estos fines, el hombre há
menester de libertad; sí, de libertad para ejercer su
razon y su voluntad, su pensamiento y su acción.

El hombre no puede vivir solo; la inclémencia de
los elementos, la debilidad de su naturaleza, serian
parte á quebrantar ó destruir bien pronto su vida.